



QUE
HACE UN
Moha
Gerhou
COMO TU
EN UN SITIO
COMO ESTE

Qué hace un negro como tú
en un sitio como este
Moha Gerehou

© Mohamed Gerehou Gerewu, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2021

Prólogo: Lucía Mbomio, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 5.322-2021
ISBN: 978-84-9942-985-4

Índice

Prólogo	11
1. ¿DE DÓNDE ERES?	21
Un extranjero nacido en Huesca	21
El camino a España	28
Mujeres, migrantes, negras y pobres	37
Los nombres borrados	44
Qué es ser racializado	52
África en casa y Europa en la calle	59
Lo que (des)conocemos de África	70
¿Quién salva a quién?	76
2. CRECER SIENDO NEGRO EN ESPAÑA	85
Cuando no eres de color carne	85
Auge y caída migratoria	94
Un continente de separación entre el cuerpo y la mente	102
Hablar de musulmanes sin mencionar el terrorismo	110
El amigo negro	117
La primera persona negra que...	126

Todos los negros tenemos el pene grande	132
¿Te gustan las blancas o las negras?	138
3. CONCIENCIA Y ACTIVISMO	145
La merienda de negros	145
Las anécdotas escondían un sistema	152
El salto al activismo	160
Construyendo un movimiento antirracista	171
¿Hay más racismo en Estados Unidos que en España?	181
#BlackLivesMatter	190
La trampa de la apropiación cultural	197
El inmigrante de Schrödinger	205
Amar en tiempos de racismo	215
4. CÓMO SER ANTIRRACISTA	225
No vale con no ser racista: hay que ser antirracista	225
En busca de la interseccionalidad	232
¿Te molesta más el racismo o cómo se lucha contra él?	239
Mi historia, nuestra historia	247
Agradecimientos	251

¿De dónde eres?

UN EXTRANJERO NACIDO EN HUESCA

Cuando Isatou Sambake aterrizó en el aeropuerto de Barajas procedente de Gambia en octubre de 1991 la esperaba Ndirisa Gerehou, su marido, quien había salido años atrás de la localidad gambiana de Baja Kunda. Volvieron juntos a Huesca, donde él se había instalado tiempo atrás gracias a un trabajo en una empresa de pinturas que le facilitó Keya, su hermano mayor. Los cálculos matemáticos demuestran que Isatou y Ndirisa no perdieron el tiempo, porque exactamente nueve meses después de aquel reencuentro, en julio de 1992, nací en el Hospital San Jorge de Huesca.

Al poco mi padre me inscribió en el registro como Mohamed Gerehou Gerewu. Mi segundo apellido no es una errata, sino el resultado del legado colonial británico en Gambia que dicta que el apellido de la mujer desaparece. Como en España sí es obligatorio tener uno, mi padre decidió que era mejor inventarse uno inspirado en el primero que poner el original de mi madre. Con este trámite resuelto por la vía rápida del machismo, a mi

padre le entregaron mi primer documento de identidad: un permiso de residencia para extranjeros.

Mis primeros papeles decían que era extranjero pese a nacer en Huesca porque, citando la ley, solo podrán obtener la nacionalidad «los nacidos en España cuando sean hijos de padres extranjeros si, al menos uno de los padres, ha nacido en España». Oficialmente no cumplí con los requisitos hasta los ocho años, cuando mi padre obtuvo la nacionalidad española. Supuestamente ya era español... pero solo en mis papeles.

El síndrome del eterno extranjero me persigue y lo hará para siempre. A ojos de la sociedad he sido de todo excepto español: francés, británico, estadounidense o de cualquier país africano, pero nunca español. Si Mohamed es el nombre más repetido del mundo, «¿De dónde eres?» es la pregunta que más escucha una persona negra en Occidente. Parece un protocolo contestar a la cuestión un mínimo de dos veces en una conversación hasta que la respuesta sea saciante:

—¿De dónde eres?

—De Huesca.

—Ya, pero ahora en serio: ¿de dónde eres?

—De Huesca, y mis padres son de Gambia.

—Aaaaah.

Pasaron años hasta que descubrí que tras ese «¿De dónde eres?» hay un «¿Por qué eres negro?». De ahí a que cuando se explica el origen de la negritud automáticamente el interés por el árbol genealógico desaparece. Si tus padres son de Gambia, como en mi caso, ya no me preguntan de dónde son mis abuelos, porque la verdadera incógnita ya está resuelta.

Ser negro y nacer en Huesca o no ser blanco y venir al mundo en España se ven como una contradicción, un misterio que solo puede resolverse mediante una profunda investigación que explique el porqué de ese agujero en el sistema. Da igual que a África y Europa las separen solo los catorce kilómetros del estrecho de Gibraltar: seguimos pensando que nacimos con raíces y no con piernas, manos y una inteligencia que nos permiten recorrer más allá de esa distancia desde hace cientos de años. Aunque lo peor es darse cuenta de que tu piel, tu origen, una parte de tu cultura y visión del mundo se perciben como una amenaza y no como lo que son, una riqueza.

En mi caso crecí con una parte de África en casa y con Europa en la calle, Gambia y España, lo que me permitió acceder a otras latitudes y formas de hacer en el mundo. Aprendí a hablar con la misma soltura el castellano y el soninké, me convertí en un ser incapaz de elegir entre la tortilla de patatas y el arroz con salsa de cacahuets y he crecido con plena conciencia sobre realidades que, aunque tuvieran lugar a miles de kilómetros, sentía cerca desde una cabina de locutorio.

Evidentemente no todo es positivo. Cuando tenemos varios orígenes nos boicoteamos diciendo que somos un 50 % de aquí y otro 50 % de allá, como si fuéramos un vaso que se va llenando de líquido hasta llegar al borde. En realidad, somos una mezcla entre el 100 % de varias identidades, aunque nos empeñemos en creer que no pueden coexistir juntas.

Por dentro y por fuera, esas identidades me han generado un debate endemoniado entre lo que soy, lo que

quería ser y lo que querían que fuera. En el cruce de esos tres caminos me he topado con imposiciones, decisiones de altos costes y renunciaciones para encontrar un equilibrio que me permitiera seguir el paso sin dejar de reconocermelo. Aunque no todo dependía de mí.

Durante mucho tiempo me odié por ser negro, de origen gambiano y musulmán. En mi casa comíamos toda la familia arroz con salsa de cacahuete del mismo bol y a veces sin cubiertos, con la mano. De puertas para afuera lo odié y me preguntaba por qué no podíamos comer con cuchillo, tenedor, cuchara y cada uno en su plato.

Al principio apenas sabía por qué, pero me odié por ser negro cada vez que veía que por mi color de piel el trato era distinto. Se me pasó infinitas veces por la cabeza ser blanco, porque lo veía como la única salida factible a problemas que no tenía por qué vivir. Por desgracia, es una reacción bastante habitual cuando lo único que has aprendido sobre tu piel son los estereotipos que pesan sobre ella. Si tu conciencia y amor propio no se han desarrollado lo suficiente, el siguiente paso es odiarte por lo que eres.

Creciendo con estos mimbres, creemos que de ningún sitio somos y nos hacen creer que a ningún sitio pertenecemos. Y no me refiero solo a un país, porque va mucho más allá. Nos pasa en la calle, donde nuestros cuerpos siempre son sospechosos en situaciones que nunca deberían despertar recelos. En la educación, cuando no formamos parte de la historia universal y solo somos extras de una película en la que no pronunciamos ni una sola frase. Ocurre entre nuestros amigos, cuando nuestra

condición racial decide cómo será nuestra amistad, los motes y hasta la personalidad en el grupo. Lo vemos al observar nuestro retrato en los medios de comunicación, donde nuestra amplia y variada existencia se reduce siempre a las mismas: como víctimas, verdugos o los primeros en conseguir un hito, olvidando que ese éxito individual dice más del fracaso de un sistema.

Tardé en adquirir una clara conciencia sobre el racismo, pero cuando llegó hizo saltar todo por los aires. Detrás de los dilemas internos por una identidad múltiple que quieres abrazar aunque no sea fácil, está la gran mano que lo mueve todo: el racismo, convertido en un compañero de viaje no deseado. Lo quieres lejos, pero te acompaña como copiloto a todas partes sin pedir permiso. Te marca en el GPS, y sin preguntar, un destino que no te pertenece y con pocas posibilidades de redirección. Tardé mucho tiempo en comprender que el racismo no es una sucesión de anécdotas. Que es una discriminación estructural por el color de piel, pero también por el origen, la religión, la cultura, el género, la clase y un sinfín de factores que, juntos, nos afectan en todos los niveles de la vida, excluyéndote o haciéndote sentir fuera de lugar.

Cuando no llegaba a los diez años me llenaba mucho el fútbol. Compartía con un grupo de amigos partidos, viajes, entrenamientos, conversaciones y jugarretas de todo tipo, como cualquier otro. Casi nunca noté diferencias salvo cuando, en nombre de la búsqueda de una victoria, los familiares y amigos de los niños del equipo contrario decidían lanzarme a mí, otro niño, comentaristas racistas. A veces lo hicieron los propios chavales a

los que nos enfrentamos, que encontraban lejos del árbitro el hueco perfecto para usar mi piel como un supuesto elemento más del juego. Yo lo callaba ante compañeros, entrenadores y familia porque pesaba más en mí la sensación de que alzar la voz podía romper el espacio que más disfrutaba. Me costó tiempo entender que el silencio beneficia al que lo hace mal.

Poco a poco, empiezas a ver que el racismo es sistémico, que está por todas partes y en ninguna estás a salvo. Cuando vas a alquilar un piso, en medio de una relación de amor, entre tus amistades, en los pasillos y los botellones de la universidad, al leer los titulares en los medios de comunicación o en los cortes de la televisión, cuando descubres el horror de los centros de internamiento de extranjeros (CIE), en las constantes paradas policiales por perfil racial, al fijarnos en un lenguaje cotidiano construido sobre estereotipos raciales, en el ámbito deportivo...

Precisamente fue a raíz de una parada policial racista mientras andaba por la universidad cuando decidí entrar en SOS Racismo Madrid para convertir mi silencio en acción y transformar una lucha individual en algo colectivo. Seguí con mis estudios de Periodismo y con los años pude juntar los perfiles de periodista y de activista. Gané experiencia a pie de calle en la organización, de la que fui presidente durante dos años, y me incorporé a la plantilla de *elDiario.es*, un periódico que me abrió la puerta a desarrollar las líneas que me interesaban. Aprendiendo de ambas fuentes empecé a escarbar en el iceberg del racismo sin avistar un final, pero conociendo al detalle cómo se construyó una mole de este tamaño.